

batallas que turban sus fiestas con regularidad (1). Si la historia de la India fuera más conocida, veríamos sin duda poblaciones desgarradas por disensiones y guerras, que proceden del odio que engendra la diversidad de creencias (2). No conocemos más que un episodio de estas luchas: los largos combates de los brahmanes contra el buddhismo son una de las páginas más sangrientas de la historia de las persecuciones religiosas.

Los Indios, pueblo esencialmente teológico, hacían intervenir la religión en sus guerras, aun cuando éstas no hubiesen sido provocadas por motivos de religión. La oposición religiosa entre los Indios y sus enemigos se revela con toda ingenuidad en los Vedas. La raza aria en la época de la ocupación de la India se halló en contacto con poblaciones bárbaras. En la narración de los brahmanes estas hostilidades toman un carácter religioso. Los *Arios*, hombres puros, al celebrar las santas ceremonias, piden á los dioses la victoria sobre los *Mlétchas*, hombres impuros, que no se cuidan de los sacrificios; los enemigos de los *Arios* son también enemigos de los dioses; así, pues, los dioses tienen tanto interés como los *Arios* en combatir á los Bárbaros. De aquí la extraña aberración, de que aun quedan indicios en nuestros días, de que la oración sirva para pedir la destrucción: «Haz distinción, *Indra* (3), entre los *Arios* y sus enemigos, *aniquila á los perturbadores que no toman parte en las ceremonias*..... Que *Indra* destruya, en favor de los hombres fieles á los ritos, á los que los rechazan, en favor de sus adoradores, á aquellos que le niegan alabanzas! *Agni* (4), de ardientes rayos, aplasta como con una maza á los enemigos que no presentan ninguna ofrenda..... Como somos tus soldados, *Agni*, haz que triunfemos con tu auxilio..... Haz que

nombre de *Vichnú* corre á purificarse en el baño. Compárese á TAVERNIER (*Viaje de las Indias*, lib. I, c. XVI).

(1) En el año 1760 hubo una batalla en regla entre las dos sectas en la fiesta de *Haridwara*; la secta de los *Bairagís* (adoradores de *Vichnú*) perdió 18.000 hombres (RITTER, *Asien.*, t. II, p. 911-912).

(2) La historia de Ceilan está llena de guerras religiosas y de sangrientas persecuciones. Véanse los anales sagrados, intitulados *Mahavansi* (Ritter nos ha dado un análisis de ellos. *Asien.*, t. IV, II secc., p. 236 y sig.).

(3) *Indra* es el rey del cielo.

(4) *Agni* es el dios del fuego (*agni, ignis*).

pasemos por medio de nuestros enemigos, como se atraviesa un río con un barco» (1).

Acostumbrados á ver en sus enemigos los enemigos de los dioses, los *Arios* aplicaron esta misma creencia á sus guerras intestinas. La colección de los Vedas contiene las fórmulas de imprecación que mutuamente se lanzaban. «*Indra*, acude á nosotros con socorros variados, excelentes. *Mhagavan*, ó héroe, séenos propicio. ¡Caiga á nuestros piés el que nos aborrece, y abandone el soplo de la vida á aquel á quien aborrecemos» (2).

§ IV.—Gérmenes de caridad y de humanidad.

N.º 1.—Dulzura de la raza india.—Humanidad.—Caridad.

De esta manera el brahmanismo conduce al sabio á la personalidad, produce la disolución de la familia y se convierte en un principio de odio y de guerra entre los hombres. Sin embargo, daríamos una falsa idea de la India si no añadiéramos que al lado de aquella doctrina de egoísmo y de división se desarrollaron sentimientos de humanidad y de caridad. El hombre está dotado de una feliz inconsecuencia; los sistemas más detestables coexisten á veces en el mismo individuo, con las más bellas cualidades del alma. Esto sucedió á los Indios. Acaso la dulzura innata de la raza sanscrita ha luchado contra el dogma religioso y filosófico de la nada.

Los Indios han sido considerados siempre como los más dulces de los hombres. Este carácter, tan raro en los pueblos antiguos, chocó tanto á los Griegos, que los condujo á error respecto de su estado social. Los viajeros pintaron á los habitantes de las orillas del Ganges como una nación de justos; según ellos, es cosa de creer que en la India se realiza la edad de oro (3): «No se cono-

(1) NEVE, *Ensayo sobre el mito de los Ribhavas*, p. 119-121.

(2) *Ibid.*, 124, 125. — ROTH, *Zur Literatur und Geschichte des Weda*, 101, 105 y sig.

(3) *Megasthenes*, ap. STRAB., p. XV, 487, 488. — ABRRIANO, *Ind.*, c. XII, 9. — AELIAN., *V. H.*, II, 31.

ce el robo, las puertas de las casas no se cierran jamás; no se sabe nada de contratos ni de testigos, la buena fe y la verdad son virtudes generales; los labios del Indio no pronuncian nunca una mentira; por espíritu de justicia no hacen la guerra al extranjero» (1). Sólo la dulzura de la raza india ha podido inspirar esta pintura ideal. Este es, en efecto, el rasgo distintivo de aquel pueblo.

En todas las acciones de los Indios se manifiesta su horror por la sangre; respetan todo lo que tiene vida: «Aquél, que por puro placer, dice el *Código de Manú*, mata animales inocentes, no verá aumentar su felicidad en esta vida ni después de su muerte» (2).

Es condición exigida en todas las sectas, para llegar á la perfección, el cuidar de no hacer daño á las criaturas y dejarles su entera libertad (3): «El *Sannyási* (4), á fin de no causar la muerte de ningún animal, anda siempre mirando al suelo, así de noche como de día, y aún á riesgo de hacerse daño. Como no es posible adquirir carne sin hacer daño á los animales, debe abstenerse de todo alimento animal, aún de aquél que no está prohibido» (5). Las viviendas de los solitarios indios se conocen por los animales que las rodean y que viven allí sin temor. Cuando algún extranjero llega á visitarlos, pregunta por los árboles, por las fieras, por los pájaros que rodean la habitación, lo mismo que por la salud de los ascetas (6). Este carácter es el de la nación entera; los viajeros cuentan ejemplos de humanidad hacia los animales que parecen fabulosos.

La benevolencia de los Indios hacia todas las criaturas procede de sus creencias panteístas: ésta es la parte más bella de aquella falsa doctrina. Todo lo que existe es una emanación de la misma alma universal, y en cierto modo idéntico con ella. El hombre es uno con la naturaleza, con el insecto más pequeño, con la planta

(1) *Διά δικαιοσύνην*. ABRIAN., *Ind.*, 9.

(2) *Leyes de Manú*, v, 45.

(3) *Leyes de Manú*, vi, p. 39, 40.—*Bhāgavad-Gīta*, xi, 55; xii, 13; xvi, 1, 2.—*Vishnu Pur.*, iii, 8, p. 291.

(4) El que renuncia al mundo, el solitario.

(5) *Leyes de Manú*, vi, p. 68; v, 48, 49.

(6) *Rāmāyana*, ii, 42, 66.

más humilde; todo cuanto existe tiene, pues, derecho al mismo afecto. Esta bondad universal no es solamente un deber del sabio (1), es una obligación común á todas las castas (2): «El hombre, dice la *Ley de Manú* (3), debe desear el bien de todas las criaturas.» La dulzura india se asemeja á la caridad evangélica en la siguiente bella oración del *Bhāgavata Purāna*: «Felicidad al mundo entero! ¡Que el malo se enmiende! ¡Que los seres no piensen en su espíritu, sino en su mutua felicidad! ¡Que su corazón ame el bien!» (4). Los poetas de la India han hallado magníficas imágenes para inculcar el amor del prójimo, amor que alcanza hasta al enemigo: «¿La madera de sándalo no impregna con sus perfumes al hacha que la hiere? ¿No cubre el árbol con su sombra al mismo que lo corta? (5). ¿No ilumina la luna con su luz la choza del tchandala? Entre los cristianos, la caridad proviene de la concepción de Dios. Los antiguos, exceptuando á Moisés, han concebido á Dios más como poder que como amor. En los libros sagrados de los Indios brilla á veces la verdadera doctrina. El *Bhāgavata Purāna* llama á Dios un *Océano de misericordia* (6). Un dogma que contrasta notablemente con el espíritu de división y de egoísmo de los brahmanes, la solidaridad humana, encuentra también cabida en los *Purānas*: «El hombre no debe desear mal á nadie, porque él mismo sufre con el mal que hace á otro» (7). En este orden de sentimientos, la caridad es algo mejor que un deber, es la felicidad suprema (8).

¿Estos sentimientos de benevolencia y de caridad han ejercido alguna influencia en las relaciones de la vida? El legislador indio recomienda la dulzura en términos que el Evangelio podría adop-

(1) *Vishnu Pur.*, iii, 8, p. 291.—*Nalus, Mahābhārati Episodium*, xvii, 44: «*Benignitas est summum officium*».

(2) *Vishnu Pur.*, iii, 8, 291.—*Hitopadesa*, i, 6, 140.

(3) *Leyes de Manú*, v, 46.

(4) *Bhāg. Pur.*, v, 18, 9.

(5) *Asiatic Researches*, t. iv, p. 167.—*Hitopadesa*, i, 4, 52, 55.

(6) *Bhāg. Pur.*, iv, 8, 46.

(7) *Ibid.*, iv, 8, 17.—*Ibid.*, vi, 10, 9.—«He aquí el inmutable deber impuesto á los que celebran los cánticos sagrados, que sufren ó se regocijan, según que los seres experimentan dolor ó alegría.»

(8) *Hitopadesa*, i, 7, 183.

tar como suyos: «No se debe mostrar nunca mal humor, aunque haya motivos de aflicción; no se deben proferir palabras que puedan ofender á otro, y que cerrarian las puertas del cielo al que las hubiese pronunciado» (1). La beneficencia, tan poco frecuente en la antigüedad, es uno de los deberes impuestos por las *Leyes de Manú*: «El hombre rico debe hacer constantemente obras de caridad..... Así como los padres son amigos de sus hijos, y así como el párpado es amigo del ojo, así también el dueño de la casa lo es de los mendigos, el sabio lo es de los ignorantes..... Sólo merece alabanza entre los hombres, solamente es feliz el que atiende á todas las súplicas y no niega socorro á nadie (2)..... El que por avaricia ó por temor rechaza á un mendigo comete el mismo crimen que el que mata á un brahman. Los reyes, principalmente, deben ser caritativos con todos los seres y tener compasión de los desgraciados» (3).

Los *Puránas* nos presentan retratos de reyes y de sabios que son como el tipo de perfección de su secta. No los damos como expresión de la realidad, sino como un ideal, que es precisamente lo que vamos buscando.

«Un rey, después de haber estado dos días sin comer ni beber, va á tomar alimento. En aquel momento llegan á pedirle hospitalidad un brahman, un sudra, un hombre con perros hambrientos. El rey les da todo, porque ve á Dios en sus huéspedes. No le queda más que agua para apagar el fuego que abrasa sus entrañas; se la da á un Pukkasa, diciendo: *No, yo no deseo ni la suprema sabiduría, ni el beneficio de no volver á nacer: lo que yo deseo es habitar en el seno de todos los seres, para sufrir sus males, de manera que ellos no los experimenten* (4).

»Prahárâ era religioso, hombre de moralidad, fiel á su palabra, dueño de sus sentidos; era el amigo más afectuoso de todos los seres, á los cuales amaba como á sí mismo. Era como un es-

(1) *Leyes de Manú*, II, 161.—*Vishnu Pur.*, III, 8, p. 291. Entre los deberes generales de todas las castas figuran: «*Tenderness towards all creatures, patience, humility, gentleness of speech, friendliness.*»

(2) *Leyes de Manú*, IV, 226.—*Bhâgavata Pur.*, VI, 4, 12.—*Hitopadesa*, I, 7, 184.

(3) *Hitopadesa*, I, 7, 184.—*Bhâg. Pur.*, IV, 16, 16.

(4) *Bhâg. Pur.*, IX, 21, 12.

clavo á los piés de los personajes respetables; se sacrificaba por los desgraciados como por su padre, era afectuoso con sus iguales como con sus hermanos; sus padres eran el Señor; dotado de ciencia, de riqueza, bello y noble, estaba exento de altanería y de orgullo» (1).

Los *Puránas* no nos dicen si esta benevolencia universal se extendía hasta las castas inferiores y hasta los tchandalas. Vemos á los sudras recibidos como huéspedes; pero quisiéramos saber si el sentimiento de la igualdad humana ha penetrado en el seno del brahmanismo. Los Griegos y los Romanos no concebían sociedad sin esclavos; sin embargo, suponían el reinado de la igualdad absoluta en su edad de oro: esto era una protesta del ideal contra el hecho. Los Indios podían ménos aún comprender un mundo sin castas, puesto que atribuían el origen de éstas á Dios.

Pero es tal la fuerza del sentimiento de la igualdad natural entre los hombres, que hasta en la India se encuentran rastros de él. En una de aquellas islas imaginarias que describen los *Puránas*, los hombres vivían mil años, según se cuenta, libres de disgustos y de trabajos, y no conocían la distinción de las castas y de los órdenes (2).

¿Es esto una tradición de la edad de oro, ó es una concepción particular de la secta de Vichnu? (3). La relación que hacen los viajeros de una fiesta de la igualdad nos inclina á creer que es una creencia general: millares de peregrinos, dicen, visitan todos los años la pagoda de Jaggernaut; los miembros de las cuatro castas se acercan indistintamente al altar del ídolo, y comen de los mismos alimentos (4).

(1) *Ibid.*, VII, 4, 31, ss.

(2) *Vishnu Pur.*, translated by Wilson, II, 4, p. 201.

(3) El sentimiento de igualdad está impreso en el *Bhâgavata Purâna*, el libro sagrado de los adoradores de Bhâgavad: «El hombre de más humilde condición, cuyos labios pronuncian tu nombre, se convierte por este hecho en el hombre más respetable..... Yo no veo más que en la práctica el menor fundamento de la opinión que existe acerca de las diferencias entre los hombres..... Entonces Bhâgavad se llegó á los habitantes de la ciudad; saludando á todo el mundo con la cabeza, con la palabra, con la sonrisa, bendiciendo hasta á los mismos tchandâlas (*Bhâg. Pur.*, III, 33, 7; V, 10, 13; I, 11, 22, 23).

(4) BERNIER, t. II, p. 103.—TAVERNIER, libro II, c. IX.

Todavía se atribuye otra virtud más á los brahmanes: la tolerancia religiosa y filosófica. Los escritores del siglo pasado, satisfechos de hallar un país en que reinaba la libertad de pensar y en que se veían sacerdotes tolerantes, se extasiaban ante la grandeza de miras de los Indios: «En las contrariedades de las sectas, dice *Raynal*; y en la diversidad de los cultos religiosos no ven más que uno de los efectos de la riqueza desplegada por Brahma en la obra de la creación» (1).

Por lo que conocemos de la India, debemos ser cautos para admitir estos elogios exagerados: ha habido colisiones sangrientas de sectas, ha habido guerras de religion. Sin embargo, hay algo de verdad, y es que las escuelas filosóficas más hostiles á la ortodoxia brahmánica gozaban de completa libertad: y lo mismo sucedía con las sectas religiosas. Este hecho ha parecido tan extraordinario á un escritor francés, que se limita á consignarlo; sin pretender explicarlo (2). ¿Consistirá esto en que todas las sectas filosóficas y religiosas estaban en el fondo conformes acerca del dogma capital del brahmanismo, el renacimiento y la salvación, y en que no atacaban el poder del sacerdocio? ¿Qué importaba á los brahmanes la diversidad de doctrinas? Si la Iglesia cristiana ha sido intolerante, ha consistido en que tenía que defender su dominación. Cuando el buddhismo conmovió el imperio de la casta sacerdotal, los brahmanes le declararon guerra á muerte, y su intolerancia fué tan cruel como la de los papas.

N.º 2.—*Moral individual é internacional.*

Se ha censurado, y no sin razón, á las teocracias porque falsean la ley moral, distinguiendo actos que son indiferentes como pecados, y exagerando la criminalidad de las faltas. El brahmanismo no está libre de estas acusaciones (3). Sin embargo, se encuentran también en los libros sagrados de la India preceptos de la más

(1) RAYNAL, *Historia filosófica de los Indios*, t. I, p. 43.
 (2) BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE, en el *Journal des Savants*, 1856, p. 172.
 (3) BENJAMIN CONSTANT, *De la religion*, IX, 8; XII, 11.

pura moral: «No se debe hacer daño á otro, ni aun de pensamiento..... Sean cuales fueren las tribulaciones á que nos conduzca la práctica de la virtud, no debemos volver nuestro espíritu á la iniquidad..... La iniquidad cometida en este mundo, lo mismo que la tierra, no produce inmediatamente sus frutos; pero se extiende poco á poco, y arruina y destruye al que la ha cometido» (1). Debe reinar entre los hombres la mejor buena fe: el legislador indio condena el crimen de la mentira con admirable energía: «La palabra fija todas las cosas, la palabra es su base, de la palabra proceden: el bribon que la disimula para cometer falsedades, sustrae todas las cosas» (2). A medida que el legislador condena la mentira, el *Râmâyana* exalta la verdad. Râma recuerda la palabra del sabio, diciendo «que se han puesto en balanza mil *aschwa-medhas* (3) con una palabra verdadera, y la palabra verdadera ha pesado más que mil *aschwa-medhas*. Por esta razón el hombre justo prefiere la verdad á la vida; la verdad es la potencia mayor. El sol calienta por medio de la verdad, la luna refresca por medio de la verdad, la verdad ha producido los tres mundos. La verdad es Dios mismo en el universo» (4).

Hemos dado ya á conocer la pendiente casi inevitable de la indiferencia que conduce al sabio al egoísmo. Pero el ideal del brahman tiene también su aspecto bello: «No desea la muerte, no desea la vida, espera su hora, como un criado espera su salario. Está resignado, fuerte en su resolución, sufre con paciencia las palabras injuriosas, no se deja arrebatar contra un hombre irritado; si se le injuria, responde con dulzura» (5). Verdad es que para llegar á este ideal de la sabiduría es una condición el separarse de los hombres; pero el aislamiento moral está tan en contradicción con nuestra naturaleza, que las sectas nacidas en el seno del brahmanismo lo han rechazado y lo han echado en cara á los brahmanes como un crimen. Los adoradores de Bhâgavad censuran á los soli-

(1) *Leyes de Manú*, II, 161; IV, 171, 172.

(2) *Ibid.*, IV, 256.

(3) Sacrificios del caballo, el más poderoso de los sacrificios según la mitología india.

(4) *Râmâyana*, II, 47, 66.

(5) *Leyes de Manú*, VI, 43-45, 47-49.

tarios que se retiran silenciosos al desierto con el afán de salvarse y sin pensar en los demás; por su parte, dicen, no quieren salvarse solos, abandonando á los desgraciados» (1). El *Bhâgavata Purâna* está pues lejos de condenar de una manera absoluta el afecto á sus semejantes como lo hacían los brahmanes: «El afecto, dice, que es en el hombre una causa para volver á este mundo cuando recae por ignorancia en los malos, conduce, por el contrario, al desprendimiento de todas las cosas cuando recae en hombres de bien» (2). Es, pues, permitido al sabio amar á los buenos; por ellos debe sacrificarlo todo, hasta la vida (3).

Muchas veces se ha notado la analogía que existe entre el estoicismo y la doctrina brahmánica (4). El ideal de *Zenon* es casi el mismo que el de *Manú*. Los estóicos exaltan la voluntad del hombre hasta elevarla por encima de la naturaleza humana (5); los Indios con su imaginación desordenada han extremado estas pretensiones hasta el absurdo. Sin embargo, la exageración del poder del hombre, libre de sus pasiones, tiene su parte sublime. Contendida en los límites de la razón, esta creencia conduce á la destrucción del mal en el mundo por los esfuerzos del género humano. Los estóicos se distinguen entre todas las sectas filosóficas por sus tendencias cosmopolitas y su amor á la humanidad. Entre los Indios se encuentran algunos gérmenes de cosmopolitismo. El *Hitopadesa* establece una escala de obligaciones: los deberes de la familia son más sagrados que los deberes respecto de un individuo, la ciudad tiene sobre nosotros derechos más extensos que la familia, y la patria más que la ciudad (6).

La convicción de la nada de la vida es más profunda entre los brahmanes que entre los estóicos. Este sentimiento, combinado con el carácter pacífico y dulce de la raza india, se aviene mal con el deseo de la gloria militar. En interés de la conservación del orden social, los brahmanes han excitado el valor de los chatrias, y

(1) *Bhâg. Pur.*, VII, 9, 44.

(2) *Ibid.*, III, 23, 55. Compárese, III, 25, 20.

(3) *Hitopadesa*, I, 2, 38.

(4) ROBERTSON, *Investigaciones históricas sobre la India antigua*.

(5) EPÍCTETO iguala el hombre á Dios (*Dissert.*, I, 13, 26).

(6) *Hitopadesa*, I, 6, 141.

prometido una recompensa en el cielo á los que caen en el campo de batalla; pero condenan la ambición como una pasión mala (1). Los poetas y los filósofos de la India desprecian la gloria lo mismo que los estóicos y los cristianos. Hay en uno de sus libros sagrados una sátira del espíritu de conquista, comparable con lo más bello que sobre el particular han producido el estoicismo y el cristianismo. La presentamos como una protesta de la conciencia humana contra los conquistadores (2).

El *Vishnu Purâna* pasa revista á los príncipes más célebres que han reinado en la India: «El valiente Prithou recorrió el universo triunfando siempre de sus enemigos, y, sin embargo, lo arastró el soplo del tiempo. Kartaviryya venció á innumerables pueblos y conquistó las siete zonas de la tierra; hoy sirve de argumento para un tema ó para una disertación (3). Todos aquellos reyes poderosos, ¿han existido realmente? ¿Qué son ahora?» El poeta pasa luego á hacer una sátira vehemente de la vanidad de sus ambiciosos intentos: «Cegados por el engañoso sentimiento de la propiedad, se decían: «Esta tierra es mía, es de mi hijo, es de mi dinastía»; y todos estos grandes reyes ya no existen. Lo mismo que los que reinaron antes que ellos, los que les sucedieron han dejado ó dejarán de existir. La Tierra se sonríe, como esmaltada con las flores del otoño, al ver á sus implacables poseedores, que se hacen la guerra á sí mismos; y canta: ¡Cuán grande es la locura de los príncipes que se dejan dominar por la ambición, y no valen lo que la espuma de la ola! ¡No pueden dominarse á sí mismos y quieren vencer á sus enemigos! Conquistaremos, dicen, la tierra bañada por el Océano; y, embebidos en sus proyectos, no ven la muerte que los acecha. ¿Qué es la conquista del mundo para el que puede vencerse á sí mismo? Esta victoria da un resultado que es librar

(1) *Bhâg. Pur.*, V, 13, 15: «Los héroes, en quienes la pretensión de poseer la tierra enciende la pasión del odio, deben dominar en el campo de batalla: pero no obtienen el lugar que consigue aquél que renuncia el cetro y vence esta pasión.»

(2) *Vishnu Pur.*, IV, 24, p. 487-489, ed. Wilson.

(3) Este pasaje del *Vishnu Purâna* recuerda los versos célebres de *Juvenal* relativos á Aníbal:

*I, demens, et sævas curre per Alpes
Ut pueris placeas, et declamatio fias.*

de la existencia. Los reyes que desean mi posesion deben tener trastornado su espíritu, puesto que sus antecesores han tenido que desistir y que sus padres no han podido conservarla. Debe estar loco el rey que tiene la presuncion de decir: «Esta tierra es mia, todas las cosas son mias, y pertenecerán siempre á mi casa»; porque tiene que morir. Cuando oigo á un rey que por medio de sus embajadores dice á otro: «Esta tierra es mia, renunciad á vuestras pretensiones», suelto una carcajada que se convierte bien pronto en compasion hácia aquel pobre loco. Tales son las estancias que canta la Tierra; al oirlas se desvanece la ambicion como la nieve delante del sol.»

§ V.— La India carece de moralidad y humanidad verdaderas.

Si juzgáramos á la India por estos fragmentos de moral individual y social, nos inclinaríamos á colocarla al nivel de la Europa moderna. Es cierto que la práctica de los preceptos de benevolencia, de caridad, de justicia, que se encuentran en los libros sagrados de la India, harian del brahmanismo un equivalente de la sociedad cristiana (1). Pero en esto se revela la importancia fundamental del dogma. En el cristianismo la moral, la caridad y la humanidad se corresponden y no son más que la expresion de una doctrina tan profunda que abraza las relaciones del hombre con Dios y las relaciones de los hombres entre sí. Los sentimientos de humanidad que se encuentran en la India se han desarrollado fuera, y, por decirlo así, á pesar del brahmanismo; por esto no han arraigado en las almas ni se han incorporado en la sociedad.

La India no ha conocido la verdadera moralidad, porque no tiene conciencia de la libertad humana. En los escritos de los brahmanes se reconoce á veces el principio de libertad. En el *Hitopadesa* se lee que «nuestra conducta en la vida anterior es nuestro destino, y que, por consiguiente, el hombre puede labrarse su destino, del mismo modo que el artista transforma la piedra en una obra de

(1) La semejanza ha ilusionado á los primeros sabios que se han ocupado de la India. ANQUETIL no titubea en atribuir á los brahmanes los sentimientos de fraternidad y caridad que distinguen al cristianismo (*Oupnekhat*, t. II, p. 659).

arte» (1). Pero esta manera de concebir la vida encontró poca aceptación; supone una energía de voluntad de que casi no es capaz la molice india. Atuviéronse á las fáciles doctrinas del fatalismo: «Lo que no debe ser, no será; la edad, la profesion, las riquezas, la ciencia, la muerte, están irrevocablemente determinadas desde el momento de la concepcion del hombre» (2). Estas máximas formaron la opinion general (3). La dominacion de la casta sacerdotal era otro obstáculo para la moralidad. Donde el sacerdocio forma un cuerpo poderoso, es casi imposible que el interes no venza al deber. La conciencia humana encuentra mil pretextos para dejarse engañar, y mucho más si logra ponerse al amparo de la causa de Dios; y la causa de los sacerdotes, ¿no es la causa de Dios? En la India esta mala levadura del sacerdocio no se toma siquiera el trabajo de ocultarse ó de disimular; se manifiesta con una ingenuidad que hace ver la funesta influencia del brahmanismo. El *Bhágavata Purána* condena con rara energía al hombre que en cualquier ocasion emplea la mentira: le llama un *muerto vivo*. Pero en el Ganges, como en todas partes, se puede entrar en tratos con el cielo: «Se puede mentir en favor de los brahmanes sin inconveniente alguno» (4). El *Mahábhárata* da á los brahmanes una inviolabilidad moral, que han ambicionado los sacerdotes de todas las religiones, pero que solamente el brahmanismo se ha atrevido á formular: «Un brahman no debe ser nunca despreciado, ya practique el bien, ya practique el mal» (5).

La India no se ha elevado á la verdadera humanidad, porque desconocia la unidad humana. El panteismo indio consideró, al parecer, como un deber la benevolencia universal hácia todos los seres. Pero precisamente esta confusion del hombre con la naturaleza fué la que impidió el desarrollo de la verdadera caridad: en ella entran los animales á la par que los hombres; con ayuda del falso dogma de las castas los brahmanes llegaron á colocar los animales sobre sus semejantes. Un célebre filósofo critica á los Indios

(1) *Hitopadesa*, Introduccion, núm. 32, s.

(2) *Ibid.*, números 23, 26. Compárese *Rámáyana*, I, 58, 22.

(3) LASSEN, *Ind. Alt.*, t. II, p. 11, 12.

(4) *Bhág. Pur.*, VIII, 19, 43.

(5) PAVIE, en la *Revue des deux Mondes*, 1857, t. II, p. 827.